

Juan Pablo Arancibia, *Tragedia y melancolía. Idea de lo trágico en la filosofía política contemporánea*, Santiago de Chile, Ediciones La Cebra, 2016, 497 pp.

Por Carlos Ossandón B.

¿Es posible o legítimo incursionar no solo más allá de las representaciones consabidas de la política sino también por unas zonas o sombras que pueden desestabilizar incluso el lenguaje que se ha consagrado tradicionalmente a esta esfera? ¿Hay un “irrepresentable” de la política que, si bien no posible de conocer o calcular, al menos inevitable de “pensar”? ¿A qué límites y riesgos nos conduciría una investigación que quisiera asomarse por unos “afueras” lejos del alcance de nuestros marcos familiares? ¿A qué tipo de desasosiego nos exponemos?

Con el propósito de interpelar las formas comunes de la racionalidad política moderna, exhibiendo un temple que no se conforma con “medias tintas” y

que apela a la filosofía como un saber insumiso, la presente investigación busca examinar lo “trágico” como condición de posibilidad de lo político, más allá de una concepción normativo-literaria o de una perspectiva finalmente redentora o conciliadora. Con este objetivo, rastrea las condiciones de emergencia de la tragedia en la *polis* griega, su significación política, ética o educativa, su carácter constitutivamente agonial y fundacional, el modo como compromete la propia suerte de la ciudad, también la vida y la muerte. El libro revisa en seguida la noción de lo “trágico” en Nietzsche, la tensión o colisión que ella comporta entre fuerzas colosales, así como el carácter vital pero infundado de esta creación-destrucción. Una visión que deja en suspenso las bases del proyecto civilizatorio moderno con la “muerte de Dios” y la irrupción del nihilismo. Dicho en términos más radicales, esta visión desactiva cualquier seguridad o cobijo metafísico dejándonos expuestos a la “violencia prima de la existencia”. Sin un Estado, una ciencia o una religión a la cual arrojarnos, sin una “política práctica” ni tampoco una modelización de la misma, el pensamiento de Nietzsche permite de este modo la irrupción de lo irreductible, de lo no normativo ni pacificador: del desnudo, irresoluto, inextinguible juego o contrariedad de las fuerzas. Lo que se manifiesta, entonces, es el rasgo radicalmente “agonal”, despiadado y brutal, de la existencia. Se está aquí delante, dice Arancibia, de “una concepción ontológicamente trágica del ser”, donde la ferocidad de la existencia, la conjunción entre lo bello y lo terrible, así como la fractura, el dolor y el gozo forman parte inalienable de esta concepción. Tal como en las tragedias griegas, lo que Nietzsche define es, pues, la vida misma o su “destino”.

Expuestas estas bases, el libro pasa a examinar el carácter “trágico-político” presente en las obras de Foucault, Agamben y Esposito. Este paso se justifica plenamente o es del todo coherente, dado que los autores mencionados, compartiendo con Nietzsche el diagnóstico crítico del proyecto moderno, resaltarían igualmente con sus diferencias ese “agon” trágico constitutivo de la vida y de lo político. “El pensamiento trágico que identificamos en Nietzsche – dice Arancibia – abre, agencia y potencia un campo hermenéutico para la filosofía contemporánea”.

La crítica al antropocentrismo en Foucault y su incursión por fuera de los límites de las epistemes que han caracterizado la modernidad; la revisión bastante incómoda para ciertas perspectivas políticas (el contractualismo, por ejemplo) de la relación entre violencia y derecho en Agamben; así como el giro biopolítico y la

adscripción igualmente incómoda del totalitarismo en las democracias liberales en Esposito, son concebidas como aproximaciones distintas que convergen, no obstante, en una misma finalidad crítica. Los tres autores abren unos horizontes que, en la línea trazada por Nietzsche, no se dejan apresar por las coordenadas propias de la tradición filosófico-política moderna, evitan un tipo de fundamentación afincado en el derecho, en el “contrato” o en un acto fundacional e incursionan por terrenos “impensados”.

Lo político queda así redefinido. Más que un campo o una práctica específica o una esfera de racionalidad o valor a la weberiana, lo político atañe “a lo agonístico y antagónico”, a unas fuerzas o contrariedades móviles, siempre abiertas e inciertas. Se confunde con una guerra primitiva y permanente que determina nuestros cuerpos y recuerdos. Una violencia que se infiltra o define racionalidades, leyes, democracias. Como en ciertos cuadros del “romanticismo” negro de Goya, el autor se encarga de no hacernos olvidar que las escenas son abominables, sin retorno ni salida.

La colisión de fuerzas descrita es, en rigor, indomable e irrepresentable. Y esto porque el lenguaje que podría representar estas pavorosas contrariedades forma también parte de ellas o porta unas pulsiones que lo arrancan más allá de sí mismo. Así se revela el “sentido trágico del lenguaje”, su estrecha relación con la violencia primordial, con lo que no se puede estabilizar o evitar, tal como el dolor diría Nietzsche.

Llegados a este punto, Juan Pablo Arancibia realiza una importante contribución: propone pensar la “melancolía” no como anomalía sino como categoría “estético-política”, como gestualidad “trágico-política”. Como una forma de demostrar esta cualidad, el autor - siguiendo los pasos de la genealogía nietzscheana - se remonta bastante atrás, reconstruye referentes clásicos, y con paciencia, rigor y “lentitud” (otra influencia nietzscheana) escarba en las distintas figuraciones de la “melancolía”, destacando el muy decisivo vínculo entre este estado y el “agonismo” trágico. El “melancólico” no solo precipita la tragedia, sino también la encarna: él mismo es dolor, dignidad, destino. Hay aquí una muy buena caracterización del “héroe trágico-melancólico” y el espacio dedicado a esta caracterización alcanza tanta altura como la que se logra en aquellas páginas donde la reflexión de Arancibia adquiere una muy personal o particular hondura. La “melancolía” queda así adscrita a una gestualidad política, activa, resistente: ella es condición de la libertad y del pensar mismo. Habría en ella - en su retraimiento y a la vez apertura a las “inclemencias de la existencia” - “una vocación reflexiva por la

mundanidad dañada, por la vida vejada”, ciertamente no ajena a la radicalidad propia de la filosofía. En el examen de estos y otros tópicos anejos en Foucault, Agamben, Esposito, la presente investigación logra un tipo de desarrollo que es mucho más que el simple señalamiento de los aportes de estos tres autores: lo que se construye es más bien una trama o composición que exhibe características propias, originales. El libro se cierra deteniéndose en el carácter “descomunal”, devastador, de la acción trágica, reafirmando el carácter violento, pavoroso e indócil de la existencia.

Como queda claro de la exposición precedente, Nietzsche es la base para examinar la condición trágica y el pensamiento filosófico-político de los tres autores que se analizan. Es evidente que esta última aplicación permite una relectura de Nietzsche, al reinstalarlo en una perspectiva desembozadamente política y que, bajo nuevas condiciones, interpela visiones complacientes. En este viaje de ida y vuelta, Arancibia hace patente y sin interrupción una determinada concepción de lo político, que se identifica - como hemos visto - con el conflicto o el enfrentamiento de fuerzas. Un planteamiento que en su vínculo con lo “trágico” hace intervenir potencias colosales que nos conmueven, que nos llevan a límites o desbordes que la filosofía no puede soslayar, pero que deja en la oscuridad – creo yo - unas acciones o estrategias políticas que deben moverse dentro de condiciones “objetivas”, en el seno de las grandezas, miserias o detalles de las prácticas políticas de todos los días. Una cierta dificultad o imposibilidad más bien de acceso a estas inmanencias se hace sentir en el presente texto, asido – como está- por lo “irrepresentable” o lo “indomable”.

El libro que comentamos viene entonces a sistematizar un modo de pensar la política que nos conduce fuera de los órdenes, reenviándonos sin piedad a las preguntas más decisivas de la filosofía, a aquellas que entramos con “temor y temblor” y que dan sentido a este quehacer más allá de aproximaciones o “acreditaciones” especializadas, útiles, incluso necesarias, pero sin “nervio” ni “alma”. La filosofía que se propone evita cualquier rápido arrimo o fundamento, supone la problematización de sí o del sujeto que filosofa, o muestra un atrevimiento que desafía la inercia de seguir siendo lo que habitualmente somos.

Carlos Ossandón B.